



•“EL GRILLO EN LA VENTANA”

—“¿Dónde está el grillo,
¿adentro o afuera?
—¿Qué grillo...?”

Fragmentos de novela de Fernando Medina Ferrada, autor de “Los muertos están cada día más indóciles”, Premio Casa de las Américas 1972.

No estás en forma.

El estado ideal es de total embrutecimiento. Después de un ritual de palabras y actitudes que gradualmente te van internando en una corriente de inusitados encuentros de ruptura y desafío en diabólica competencia con tus fantasmas, te acreditas un salto al vacío, una muerte chiquita de veintitantas horas.

Ciego, con los ojos abiertos —el hilo invisible de una vía mil veces trajinada guía de tus pasos—, las pupilas dilatadas ante una fantasmagoría que te ilumina, que te quema por dentro. Algodonoso el cuerpo, blindado contra el frío. Una fuente en la cabeza chisporroteando inacabados pensamientos, repitiendo como un eco las voces, los borrosos gestos. Las manos en los bolsillo, la cabeza hundida entre los hombros, caminas sin saber que avanzas. Recuerdas y ríes porque ves cosas que nadie ve. Hablas, gritas a veces, pero nadie te oye.

Te tambaleas porque quieres detenerte y tus pies no obedecen. Tus manos deben agarrarse a un poste para no seguir caminando y mirar. Apoyada tu espalda contra el tubo negro, constatas las señales que te ubican: el concreto que a partir de tus pies se extiende a lo ancho de la avenida hasta la calzada de la acera opuesta donde no hay casas sino el nacimiento del cerro que ligeramente abombado se va elevando hacia la altura donde se confunde con la sombra. Más abajo, pero siempre en la acera del frente, está la playa convertida en gran basural donde los perros ho-

cican los desperdicios produciendo ruidos de latas y papeles. Más atrás, casi en la sombra total, está el defensorio cuyas emanaciones bajo el sol repelen a los transeuntes por esa acera.

Bajo la luz del poste, aquí y allá reconoces signos familiares: las baldosas de pizarra roja, quebradas, los papeles sucios, pegados al macadam, los escupitajos, el árbol que esparce sus hojas secas, machacadas mil veces por el ir y venir de los automóviles; y la noche de cielo negro, como otras tantas que se proyectan ante ti, igual a estaciones anónimas y oscuras que un ferrocarril va dejando atrás. Un desfile de gentes y casas iluminadas donde se come y se duerme, y calles solitarias para guiar a los hombres al trabajo, a los niños que van a la escuela; árboles para dar sombra, para reverberar de luz cuando hay estrellas... Pero tú pasas, no te apeas en ningún sitio. Has perdido la memoria y no tienes calendario. El tiempo se detuvo para ti cuando aprendiste a temer. Nutriste tu soledad de desencuentros, de caminos equívocos, de búsqueda inútil. Tu templo es la tiniebla y el escepticismo. Ingresaste en la eterna guerra de la humanidad y adoptaste el papel del tambor mayor para redoblar el triunfo o la derrota.

Ahora levantas la mirada y no hay cielo ni estrellas y sientes que la tierra se estremece a tus pies como un volcán a punto de estallar. Piensas que son los hombres y la naturaleza maquinando la destrucción, empuñosamente, en todos los puntos del planeta. Diseño de los dioses cansados para borrarlo todo y empezar de nuevo. Todo, menos la tierra fértil, el tierno trino de los pájaros, el arcoiris de los ríos, y el viento para esparcir un mensaje que dirá “Paz...”

Este hombre que se llama Jaime; que parece dialogar con la tierra y con el cielo, con las casas y con los árboles, empieza a estremecerse de pronto como si todas las fuerzas del cosmos se generaran en él y pugnarán por liberarse. Único habitante en esta latitud nocturna, fría y estéril, no está allí por casualidad, pues de un momento a otro la superficie sobre la que posa sus pies romperá su corteza y por el cráter vomitará el asco y la vergüenza acumuladas en tantos siglos de historia. El será el conducto. En él se elabo-

rá la síntesis que en una palabra mágica conjure a los astros invisibles para el designio definitivo. Y los justos vencerán y una nueva historia trazará la geografía de un nuevo continente.

El hombre ya no tiembla. Su cuerpo se va poniendo tenso como un arco; sus ojos abarcan el infinito, su rostro se crispa y de sus labios brota el trueno:

¡PAZ!

El espacio no devuelve el eco al estallido de su voz. El aire, con la densidad de millares de células aborventes captó el mensaje para esparcirlo convertido en polen germinal.

La oscuridad y el silencio que siguen al estruendo del rayo. El cerro impacible. El lejano ladrido de los perros. Las calles que tejen distancias infinitas. Los que duermen estremecidos de presentimientos y tú, finalmente, abrazado al poste, como si el esfuerzo hubiera estado a punto de derribarte.

156

Tu mirada desciende ahora hasta la gran curva donde la vía se bifurca desde una plazoleta hacia otras tres avenidas. Esta plazoleta señala la mitad de su trayecto y en la parte superior de la torre que se alza al centro como un monolito de piedra roja, hay cuatro esferas luminosas mirando a los cuatro puntos cardinales que indefectiblemente te indican la hora. Son más de las cinco y esa certeza te apercibe de un leve rumor de madrugada; te sitúa al centro mismo de la soledad en un mundo que empieza a abrir los ojos y a respirar. Solo el fondo oscuro del cielo y un leve viento que se arrastra a tus pies y quiere entumecerlos, mantienen su nocturnidad.

Atrás ha quedado todo. El humo y los que fuman. Las botellas y los vasos y Luis y Orlando con la india. Todo ello encajonado en la cantina y la cantina en la ciudad y la ciudad en la noche y la noche en los que duermen, lejos del humo, de los orines y los vómitos.

Indecisos al principio, tus pasos se van afirmando poco a poco hasta retomar la línea que te conduce

instintivamente. Cuando has llegado a mitad de camino, no hay posibilidad de volver atrás. Es decidirte a liquidar el resto de la noche en tu tugurio o salvar unas pocas horas que harán menos amargo tu despertar.

No es el frío. Te desasosiega el silencio. Apertura propicia al arrepentimiento, al reproche que estalla en el eco que tus pasos espantan hacia las calles desiertas.

Caminas sobrecogido porque en los recovecos oscuros se esconden duendes crueles, sombras que pueden salirte al paso. Por eso vas por el centro de la calle, para que no te sorprenda su acecho. En el fondo, eres conciente del absurdo, pero un temor nacido de una región que ignoras se impone y te exprime un sabor vencido de diluida resistencia, de burla y conmiseración por tí mismo. Vas anhelante de que el sueño clausure tu existencia al final del trayecto, en tu casa, donde terminará el insoportable malestar que ahora rumias en voz alta. Pero será una miserable tregua porque luego vendrán los días para convalecer largamente del asco y la frustración.

Ahora casi no tienes que pensar para orientarte. La semiconciencia alcohólica te conduce en la oscuridad por el angosto sendero de piedra que atraviesa el jardín, los quince peldaños y la pequeña puerta que da acceso a tu cuarto.

Adentro, el volúmen de los viejos y enormes muebles te impresiona con su quietud de fantasmas que te aguardan siempre, como reclamo y acusación. No enciendes la luz. El hábito te lleva por el laberinto hasta el extremo en que está tu cama.

Sentado. Encorvado. No duermes. Debes aguardar. Descansar para que el entrecruzamiento caprichoso de imágenes y voces cese su feróz centelleo. Balbuceas incomprensibles palabras y a ratos ríes. Tu cuerpo se va inclinando con lentitud sobre la cama, hasta quedar en posición fetal.

Golpes a la puerta y una voz que te llama te traen por un instante al frío y al ardor que quema tu gar-

ganta. Torpemente descubres la cama y te tapas. Te vas hundiendo en el sueño y la voz y los golpes se van alejando hasta perderse.

Abres los ojos a un cono de luz que se cuele como polvillo de plata por una rendija de la ventana. Retratos recortados de revistas, tarjetas multicolores y el relieve de los libros en la estantería, crean una serenidad que contrasta con el bullente desasosiego que te mantiene inmóvil, cerrado, temeroso. Desde la pared del fondo, la sonrisa desdeñosa de Poe, los ojos fijos de Baudelaire, son un enorme signo de reproche. De-seas borrarlo todo; quedar tendido para siempre. Te enderezas pesada, lentamente; la sangre latíendote en la cabeza a golpes de martillo. Tu mirada rueda por los rincones, sobre los papeles dispersos en la mesa, la máquina con una hoja a medio escribir ¿desde cuándo?Como si tu malestar no fuera suficiente, allí están las sábanas como trapos repelentes, embarradas por tus zapatos. Una imperceptible película de sudor y sal, ágría y saturada de olor a alcohol y cigarrillo, cubre tu cuerpo. Son las señales que inevitablemente te llevan por un laberinto oscuro de enmarcadas callejuelas hasta la tienducha detrás de cuya estantería con botellas vacías está el dormitorio: una mesa con dos bancos pegados a la pared y en el rincón la colchoneta de paja sobre un poyo de adobe y sobre él, a la luz de una vela las formas cambiantes de los muslos o las nalgas morenas de la india contrastando con la piel lechosa de Orlando o de Luis, y luego tú mismo, completando un cuarteto de experimentación ávida y cruel sobre la inanimada obediencia de la mujer.

una india para los tres la gran aventura de los hijos de mamá castrados por dos pajas diarias el pecado original dos avemarías el tenebroso silencio prolongado hasta el edípico apareo con la primera fulana igualmente conservada en su caldo virginal previos los ritos legales y la aquiescencia de dios padre, etc.

El ruido de la reja al abrirse, unos tacones que cruzan el jardín, suben las gradas y se detienen ante la puerta, te hacen dudar de su realidad y quedas en suspenso.

Hilda ha llegado al descansillo con el corazón en la boca. "¿Se habrá ido nuevamente o seguirá durmiendo? Si lo despierto se enervará.....no querrá verme...."

—Hilda.....¿Qué haces ahí?

—Abre, Jaime.....

Ella oye el pestillo y cuando empuja la puerta la luz del sol lo espanta. Se mete en el baño mientras ella se esfuerza por orientarse en la penumbra. Sus-pende una parte de la gruesa frazada que hace de cortina y abre la ventana para que salga el tufo a trago. Arregla el desastre de la cama y se queda sentada, esperando.

—Me daré una ducha fría. ¿Quieres entrar? , grita Jaime desde adentro.

—No....Preparé el café mientras tanto.

querrá jugar bajo el agua hasta agotarse agotar la ansiedad búsqueda inútil solo angustia queda poco café dos tazas después su mutismo no escribe ins-portable hacer una vida más regular ahora limpiaré todo siempre lo digo y nunca

157

Recuperado y con frío la encuentras de espaldas, agachada, atendiendo la cafetera. Ceñidas las partes que más te excitan. Te estrechas a ellas hasta sentir las amoldadas a tu ingle.

—Estás mojado!

—Dame calor mi amor.....

—En la cama y con una taza de café hirviendo.

—Sécame con algo. La toalla está apestosa. ¡Espantosamenteapestosaaa!

—Vine a buscarte anoche. Golpeé, dijiste algo, pero no abriste.

—Te sentí...es decir, te percibí desde otros ámbitos...ja ja ja.....y otros sonidos.....

—Borrachín. Era sábado y te olvidaste de mí.

—De tí, de tu sábado, de tus tetas, de tu culo. De tí, de tí ¡DE TÍ!

—Deveraste olvidastedemí?

—Es que no estaba despierto. Creí que soñaba.

en la luna como siempre loco locoto no quieres compartir te la dejamos de las tetas para arriba la chcha esparamí paramí el culo déjala que te chupe o prefieres alavieja prefiero el trago loco puñetero eres un aguafiestas ya pues a empelotarselos cuatro carajo es fue el trato yote voyadesvertirrositaven

Estaba agonizando en una pesadilla. Tú eres el sueño. Eres la realidad.

—¿Yo soy esa?

158

—No esa: tú.

—¿Estuviste con Orlando?

—¡Hay, no me seques tan fuerte!y con Luis....

—Echáte en la cama.

Centímetro a centímetro, donde posa la mirada, el paño va cubriendo la piel húmeda y tibia, tornando su palidez a un pálido rosado como la piel de un niño. El percibe esa suavidad y se entrega a la caricia como a un acto compensatorio, de protección y ternura. Ambos se entregan a la exploración de invisibles caminos, contactos casuales que despiertan una parte adormecida del cuerpo, yacente allí, en lo hondo, esperando el sutil llamado. Hilda y Jaime no lo dicen, ni lo piensan siquiera, porque en alguna forma y en un instante que ignoran percibieron la existencia de conductos infinitos hacia otras áreas sensibles, vivas, inundadas de microscópicas células ávidas y totales como un universo en sí. No saben cuándo ni cómo lo

descubrieron, pero el silencio, el miedo o la ansiedad tal vez, les enseñó obediencia al más sutil llamado. Pudo ser la forma de rozar la piel en una caricia, un olor, una palabra, o tal vez una mirada. Así, ahora, el hecho de secar con un paño y dejarse secar fué el toque mágico para una nueva manera de darse el uno al otro. El lentísimo vaivén del cuerpo, la mano que frota sin tocar la piel, a veces, y otras acentuando el peso o acelerando el ritmo, atentos el uno y el otro a la respiración, a un jonrroneo, a una plácida exclamación o a un gruñido —toda una onomatopeya que se traduce en un ámbito distinto del ser—, prolonga el goce hacia un cosquilleo que iriza la tersura de sus pieles y va lentamente distendiéndolos, acelerando la urgencia de una casicia más plena y profunda.

“Excluidos de cuanto no sea nosotros mismos, vamos limitando el universo a los objetos que existen porque existimos nosotros; nacen en el instante en que posas tu mirada en ellos; hasta el aire que respiramos en nuestro propio aliento y nosotros mismos no somos sino el volúmen y el límite de nuestra propia dimensión.....”

La exclusión total. El vano intento de huir cuando aún no se ha comprendido que para quemar los propios fantasmas hay que arder con ellos, piensa Hilda al recordar las palabras de Jaime, mientras sus manos rozan suavemente las partes del cuerpo que él le va ofreciendo como en una entrega gradual.

A través de la ventana el sol ya a punto de esconderse, ha extendido una placa de cobre que cubre el viejo sillón y parte de la madera del piso; horizontal, su luz ha inundado la habitación con un frío tinte rojizo que pone en los espacios oscuros, debajo de los muebles, la transparente calidad de un velo, denso y mullido, casi irreal.

La tensión inicial premonitoria de un desencuentro, ha ido cediendo ante esta pausa de dulce cercanía, de mutua protección. En la penumbra, ahora las voces quedas y, a veces, solo el eco lejano de la banda de música que anima a la concurrencia dominiguera del Estadium, como única referencia exterior.